PRÓLOGO.

Nunca hombre puso la pluma en el papel con más contento y gusto que yo ahora. Concurren para que ello sea así circunstancias táles, que mejores ni buscadas las podría hallar. Por mi buena suerte he de hacer con estos renglones la presentación de un mi amigo de verdad; de los que dar con uno es rara ventura; el cual se ha honrado empeñando y venciendo batalla valentísima por la causa más hermosa y española que puede imaginarse. Porque defender á la luz del sol la vida sobrenatural de aquella limpia alma de Santa Teresa de Jesús, con quien tanto se regaló Dios, y probarlo con los dictámenes de la razón y las conclusiones de la ciencia y la fuerza incontrastable de los hechos, ¿cómo no sonará bien á oídos cristianos y españoles? Acometer empresa tan hidalga es honor envidiable y de mí ciertamente envidiado. Por lo que de él me alcanza, aunque en grado bien humilde, no he acertado á negarme á la cariñosa invitación, ni he sabido vencerme en el vivo combate de mi espíritu donde peleaban de la una parte el amor á la gran Santa fervoroso y

la amistad de muchos años, y de la otra el remordimiento de poner lunar en libro que no lo tiene.

He hablado de presentar á su autor, y he dicho mal. Quien sobre otros trabajos de mérito dió á la estampa los muy excelentes, que intituló con modestia *Algunas páginas de fisiología cerebral* y *Estudios psico-fisiológicos*, está presentado por derecho propio en la república del saber, donde no valen cartas de credencia ni letras comendaticias sino que cada cual es hijo de sus obras. Con las que acabo de citar, se puso de un salto el Sr. D. Arturo Perales entre los muy contados de los de su profesión, á quienes asiste autoridad en firme para fallar en cuestiones *psico-fisiológicas*. Porque ello es verdad, y no hay que escandalizarse ni tomarlo á menosprecio, que los muy metidos en las ciencias físicas y naturales, á fuerza de ahondar mucho en la materia, y estar siempre con ella, adolecen de cierto espejismo con que no tanto ven las cosas como son cuanto según su costumbre de ver, con que bien se pudiera decir de ellos lo que donosamente decía nuestro Granada de los que usan anteojos verdes que todas las cosas las ven verdes. Puede el hábito de manera que, sin ser apenas parte la voluntad, por él se mandan los hombres muy comunmente. Persuádanle al soldado que á las veces se han de tomar caminos de templanza, y más que cordura loable le parecerá el consejo cobardía aborrecible. Díganle al que por oficio de profesión nobilísima anda siempre sondando las miserias ajenas y siguiendo el hilo de los mil torcidos senderos por donde la iniquidad triunfa de la justicia, díganle digo, que no peque de suspicaz y desconfiado, ni se dé á buscar el estaño debajo del oro, y por ventura os dirá soñador, que no vivís en el mundo ni veis más que visiones. Y es que lo que se cursa y trata se imprime de manera en el sujeto, que hasta en su porte y rostro parece como que deja señal; por donde á poco que se observe, sólo con mirar bien se pudiera sacar en lo que profesa cada uno. Todo lo cual no quiere decir que los dedicados á las ciencias físicas y médicas de suyo no vean más del cuerpo, que sostener tal seria ofensa grave y error vulgarísimo; pero como menos conocedores y escrutadores los más de ellos de la otra parte de nuestro sér que es la espiritual, y de sus modos y operaciones, no podrán ver bien en su conjunto cómo van las dos á una, y se enlazan y conciertan, y cómo entrambas se influyen y se mandan, ni toda la función cabal de esta máquina prodigiosa del hombre, compuesto de alma y cuerpo en unidad esencial, donde el alma sin el cuerpo no se podría valer para sus operaciones, ni el cuerpo sería cosa sin el alma que substancialmente le informa.

Tamaño asunto es el de la ciencia antropológica; antigua en sus orígenes y en sus principios más fundamentales; moderna en muchas de sus consecuencias y aplicaciones. Si ha de guardarse fidelidad á la palabra y se ha de usar en sentido recto y etimológico, no será la antropología sino estudio del hombre en su sér espiritual y en el corporal, y en aquella unidad esencial de uno y otro, y en sus modos de obrar íntimamente concertados,

que es en lo que consiste el sér y condición de hombre. Pero trúnquese este verdadero compuesto humano, y niéguese la jurisdicción de cada una de sus partes ó invádase osadamente su campo, y desaparece el concepto antropológico y por tal la antropología. No hay error de la escuela, de tantos como infestaron las ciencias médicas y las morales, sociales y políticas, que no estribe en semejante absurda mutilación. Achacar á maleficio toda dolencia, ó hacer de cada criminal un caso clínico, ciego será quien no vea que son dos errores contrarios que por diversos caminos van en pugna de la verdad. Y aquí viene lo que decíamos, que como quiera que de condición el hombre y por ley del hábito aquello que trata y conoce más tiende á extenderlo y á levàntarlo sobre lo que menos trata y conoce, porque el mayor conocimiento de lo uno le hace verlo más, y el menor conocimiento de lo otro le fuerza á verlo menos, por esto en las profundidades de nuestra naturaleza humana, y en el sér de las dos partes esenciales de ella, y en cómo se juntan y se ayudan y á las veces pelean y contienden, y en fin, en todas las cuestiones psico-físicas que al hombre investigador le asaltan, aquel penetrará más y caminará más derecho y seguro, que á la vez se estribe en la psicología y en la fisiología, con que viendo por entero y por igual, entrará en los dominios de la ciencia antropológica. Por tan rectos carriles irá la antropología á grande progreso; y cierto que no perderá en ello sino que ganará mucho el conocimiento del hombre en lo moral y

en lo físico y las ciencias jurídicas, singularmente en el derecho penal, y la ciencia y el arte del gobierno, que á más conocer el hombre en su sér individual más conocer la sociedad, y á más conocerla, mejor y más diestramente dirigirla. No hay, pues, que condenar mas que rectificar, y llevarlo todo á la verdad, que en expresión de la Sagrada Escritura, nos hará libres; y de el error que es bien pesada y negra servidumbre.

Quien como el Sr. Perales ve claro en estas cosas, y tuvo siempre afición á meditarlas, y es fisiólogo y psicólogo, mucha violencia habría de haberse hecho para no enamorarse del quinto tema del Concurso científico-literario con que la ínclita Salamanca quiso celebrar el año trescientos del glorioso tránsito de la santa doctora abulense, y que á la letra dice así: «Los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe, tampoco son efecto de enfermedad ó accidente natural alguno, sinó únicamente de la gracia de Dios—*Estudio de controversia contra los naturalistas que pretenden explicarlo todo por las fuerzas ocultas de la naturaleza.*» Vuelvo á decir, que hubiera sido violencia casi más que humana no sentir amor por el asunto y no empeñarse en él de todo corazón y con todas las fuerzas; pero si el médico sobre serlo, y fisiólogo, y filósofo católico, además era español como lo es, ¿podía retirarse á las tiendas y no acudir al combate? Aplauso á quien tuvo el felicísimo pensamiento de lanzar reto valiente y generoso en nombre de la verdad. Aplauso á los gallardos mantenedores

que salieron á la defensa. Honor y aplauso á quien mereció el premio del vencedor en contienda por igual católica y española.

Con calificar de muy feliz el pensamiento que puso en polémica la vida sobrenatural de Santa Teresa de Jesús, dejo sentado lo que juzgo de su oportunidad. La gloriosa tradición científica de Salamanca se confirmó ahora en su propósito de llevar de frente todas las ciencias, y tratar las más vivas cuestiones. No sé que el tercer centenario de la bendita doctora se pudiera emplear en cosa mejor que en su vindicación. No se resuelven las cuestiones con huirlas, ni por callar se consigue otro que dejar sola y á sus anchas la gritería de los vocingleros. Con tal aparato de ciencia se baten hoy las murallas del alcázar de la fe, que muchos parece como que vacilan y áun retroceden; y no por ser aparato de baja ley hace menos estrago, que con la ignorancia de los más y con la pereza de pensar, que antes convida al descanso de dejarse ir, que al trabajo de quien quiere por sí entender, con estos auxiliares se cuenta como los mejores para la batalla. Y no hay sino esperarla á pie firme y áun provocarla con el presupuesto de que verdad alguna nueva, como ella lo sea, probada y confirmada, no puede oponerse á ninguna otra verdad, siendo todas como son, en cuanto verdades, participación de una sola, reflejo de la verdad infinita que es Dios; sólo los errores unos con otros entre sí se pelean, y unos á otros se destruyen. Pues con los progresos verdaderos de las ciencias médicas, sacados de quicio y

vueltos así en errores, se quiere aportillar la verdad, con ellos en su punto á defenderla.

Claro se ve que libro donde esto se trate es, como hoy se dice, todo un libro de actualidad. Toca por sus primeros fundamentos en la región serena é inmutable de la más sólida filosofía, y llega en sus conclusiones hasta la última palabra de la fisiología y la patología. Es la ciencia moderna rindiendo homenaje á la ciencia siempre nueva de la verdad divina.

Buenos laureles se ganó el libro con el fallo de Salamanca; pero buenas aventuras corrió después, que retrasaron su publicación hasta ahora. Por dos veces se perdió el manuscrito, y dos veces hubo de rehacerle su autor con los borradores, notas y apuntaciones que le sirvieron para escribirlo. No parece sino que había de pasar por las angosturas y quebrantos de toda buena obra. Con esto se le acabó de poner el sello cristiano. Por fin ya sale á luz para aprovechamiento y regocijo de muchos. El plan está bien dispuesto y comprende en ordenado conjunto lo que pide la cabal exposición del tema. Arriba lo sobrenatural; abajo lo natural, y dentro de ello lo fisiológico y lo patológico. Conforme á esta traza, firmemente trabada, se alza la arrogante construcción científica. Maciza en los cimientos, muéstrase luego gallarda y airosa en su coronación y remate. Como estatua bien pensada, que de todos lados que se mire contenta la vista, así este libro no tiene aspecto que no ofrezca la harmónica unidad del todo. Es torreada fortaleza sin blanco fácil al ataque.

En rigor de método, por resuelta que esté ya de tantas veces y tan de antiguo la cuestión de lo sobrenatural, que es harto sobajada cuestión, no podía excusarse aquí. Fuera cosa de risa, á no ser de lástima, ver cómo los tratantes en ciencia se visten de vejeces para venderlas por novedades, y cómo después de muchos siglos de disputas hay todavía quien se atasca en el primer renglón del catecismo. Pero como se haga muy terca la voluntad, luego que deja que los vahos de la pasión la cieguen, por fuerza habrá que emplearse en derribar los castillos de naipes de los viejos errores, cuantas veces la pertinacia del interés porfiado vuelva á levantarlos. Así lo entiende el Sr. Perales, y por tal trata este punto lo que basta á su intento.

Cierto que peor que negar á Dios á las claras, que al fin es ponerse con espantable temeridad á que le vocee la razón, y el sentir común de los hombres y las criaturas todas con mil suertes de voces y argumentos, es todavía más ruín manera de negarle ponerle pleito sobre sus excelencias y atributos, y cercenarle la omnipotencia, y regatearle la bondad y traer en lenguas su sabiduría; y no otro hacen los que le imaginan ensimismado en su infinitud, sin tener cuenta con sus hechuras, y los que quieren como amordazarle porque no las hable y comunique, y echarle grillos en los pies y esposas en las manos porque no venga á ellas y con amor de padre blandamente las acaricie. Porque si todas las cosas creadas por criaturas que son y contingentes y que nada deben á sí ni son

por sí, perecerían si por un instante les faltara el poder de Dios sustentándolas, y su bondad y amor infinitos, abrigándolas y como defendiéndolas, síguese que el universo creado es y se mantiene en su sér por la asistencia continua de Dios, que como esencia infinita le da el sér, y como poder infinito sustenta este sér, y con su presencia infinita alienta y vivifica este mismo sér. De donde se saca que negar esta continua comunicación es una manera de negar á Dios. Y si además poner términos á esta comunicación en las fuerzas y medios de Dios es negar su omnipotencia, y ponerlas en su voluntad es negar su infinito amor, para no venir á esta negación habrá de confesarse que sobre los modos ordinarios de comunicar y tratar con las criaturas hay todos los de su infinito poder cuando y cada á su voluntad pluguiera emplearlos; y que como autor de toda naturaleza que no puede tener en ella limitación de sus atributos sino admirable ostentación de ellos, podrá ennoblecer á sus escogidos, y darles nuevos alientos, y acercarlos más á él, y hacerles ver con lumbres sobrenaturales y divinas lo que con sólo las luces naturales y las fuerzas humanas no podrían alcanzar. A lo que hay que añadir que, fuera de estas operaciones de Dios, que son lo sobrenatural, todavía hay otras fuerzas y operaciones, que bien que no sobrenaturales porque no vienen de Dios sinó de criaturas suyas, pero salen de lo humano, con que también contradicen por su parte la afirmación naturalista que niega toda realidad que no quepa dentro de lo natural en su sentido más restricto. Esto sin

contar que por semejantes despeñaderos como se dé en no admitir más que lo verdaderamente comprensible, y materialmente perceptible, en buena lógica, luego se ha de caer en la negación absoluta.

Cosas son éstas que parece mentira que haya que volver sobre ellas, mas no lo es, y así no son perdidos los capítulos que nuestro autor dedica á tratarlas.

Por más vueltas que se le dé al principio de donde pueden derivarse las varias operaciones que significan modos de ser de la actividad del hombre, no hay salir posible de uno de estos tres conceptos. O proceden de su naturaleza obrando según su estado normal ó fisiológico, ó de esta misma naturaleza, pero en estado anormal ó patológico, ó de la fuerza é impulso de causas naturales en sí mismas en cuanto no pasan de lo criado, pero respecto al hombre sobrehumanas, ó bien provienen de Dios con lo que entran en el orden sobrenatural. De aquí no hay escape por mucho que se sutilice el argumento. No pudo haber pues, operación alguna en Santa Teresa de Jesús que no fuese efecto de una de estas tres causas. Sentada esta primera razón inconmovible, el camino que seguir es llano, porque definiendo bien la acción de nuestra naturaleza en su estado fisiológico y en el patológico, y sus límites y fronteras, aquellas operaciones no serán naturales ó humanas que no se acomoden á esta acción, y si por las notas de las causas ó agentes sobrehumanos tampoco á ellos pudieran achacarse, luego se verá que tales operaciones proceden naturalmente de Dios.

Bien abroquelado en esta argumentación, emprende el autor su tarea de estudiar el hombre en su sér fisiológico ó normal. Y es de aplaudir con qué primor y ahinco como quien no quiere olvidar cosa que de notar sea, por donde la aplicación de ello en defensa de su buena causa resultase luego flaca y desmayada, va discurriendo por todas nuestras facultades, una á una, y analizándolas y desmenuzándolas; y puntualiza sus operaciones, y da á lo espiritual y á lo material á cada cual lo suyo, sin conflictos de jurisdicción ni allanamiento de fronteras, sinó antes como juez fiel y legal poniendo á cada uno en su punto y término. No es esta parte del libro la que ofrece novedad, ni podía ofrecerla, porque lo que en ella se trata sentado estaba ya y confirmado en buena porción por la ciencia psicológica; mas no por esto satisface menos, y áun hay lugares donde el fisiólogo parece que fija y remata las cuestiones más que de ordinario se suelen fijar y acabar, y como se dice vulgarmente, que pone los puntos sobre las íes. Valga por ejemplo el capítulo acerca del *sueño fisiológico*, que es de los mejores. Y eso, que en esta parte de la obra no se va más allá de lo que pide la aplicación á lo que viene luego; mas sube de precio la observación atinadísima con el derrotero antropológico de que no se descarría el autor, como quien en ambas ciencias la psicología y la fisiología firmemente se estriba.

De esta suerte deslindado el campo de lo natural y bien comedido, va por sus pasos entrando ya en lo sobrenatural en sus grados hasta lo más